

amor tranquilo y satisfecho, y sólo sufren cuando se hallan lejos de sus madres. Hé aquí también lo que pasa con nosotros. ¿No es cierto, por ventura, que al pensar en nuestra tierna Madre, todo lo echamos al olvido, pues la dulzura y encantos de su amor no dan lugar á pensar en otra cosa? Y ¡si vemos nuestro propio corazón, ¿no pudiéramos decir: El mar ha entrado en calma? Nuestro corazón también se halla rebosando celestial contento, y una paz tan bella y santa, que forma por sí sola un paraíso de delicias que bendice Dios eternamente. ¡Haber entrado en el paraíso del Señor y tener que abandonarlo! Por esto, cuando volvemos los ojos á las criaturas y sentimos en el alma vivas todavía las afecciones de la tierra, quedamos oprimidos de dolor. «¡Oh, qué hombre tan infeliz soy yo! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?» (1). Palabras divinas son éstas, llenas de verdad y del más profundo y delicado sentimiento. Mas nadie aborreció jamás su propia carne; antes bien, la sustenta y cuida (2). ¿Cómo, pues, se arrancan de lo más hondo del alma aquellas expresiones de infelicidad y desgracia que revelan una inmensa desventura? Hé aquí de qué modo nos explica esto el gran Apóstol: «Sabemos que si esta casa terrestre en que habitamos viene á destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa, una casa no hecha de mano de hombre y que durará eternamente. Que aun por eso suspiramos aquí deseando la sobrevestidura del ropaje de gloria ó

(1) Rom., VII, 24, D. Bon., op. solit., c. 4.

(2) Ephes., v. 29.

la habitación nuestra del cielo, si es que fuésemos hallados vestidos y no desnudos. Así también es que mientras nos hallamos en este cuerpo como en una tienda de campaña, gemimos agobiados; pues no querríamos vernos despojados de él, sino ser revestidos como por encima, de manera que la vida inmortal absorba lo que hay de mortalidad en nosotros. Y el que nos formó para este estado de gloria, es Dios el cual nos ha dado su espíritu por prenda. Por esto estamos siempre llenos de confianza, y como sabemos que mientras habitamos en este cuerpo, estamos distantes del Señor y fuera de nuestra patria (porque caminamos hacia él por la fe, y no lo vemos todavía claramente), en esta confianza preferimos más ser separados del cuerpo, á fin de gozar de la vista del Señor» (1).

Recibiremos un ropaje de gloria si el Señor nos halla vestidos; y nosotros nos hemos contemplado cubiertos con el manto de María, á semejanza de aquel Niño de su seno que envolvió en pañales y dejó sobre el pesebre. Ella, pues, nos viste de sus méritos y llena nuestras almas de gracia y de virtud. Nos ha reconocido por sus hijos; ahora bien, aun sus criados traen vestidos dobles (2), ¡cuanto más sus hijos! Ella es la tierra bendita que nos da el alimento y el vestido, lino y lana, y cuánto necesitamos en la vida; sus ejemplos y su poderosa intercesión: viste á los que en Ella esperan, lujoso y espléndido ropaje allá en el cielo (3).

(1) II Cor., v, 1 8.

(2) Prov., xxxi, 21.

(3) D. Bon., Spec. B. V. M., l. 7.

§ II.

Estaban velando en aquellos contornos unos pastores, y haciendo centinela sobre su grey, cuando un ángel del Señor apareció junto á ellos, y los rodeó con su resplandor una luz divina, lo cual los llenó de temor. Díjoles entonces el ángel: «No tenéis que temer, pues vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo; y es que hoy ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo, el Señor. Y sírvaos de seña, que hallaréis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.» Al punto mismo se dejó ver con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando á Dios, y diciendo: «Gloria á Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Luego que los ángeles se apartaron de ellos y volaron al cielo, los pastores se decían unos á otros: «Vamos hasta Belén, y veamos este suceso prodigioso que acaba de suceder y que el Señor nos ha manifestado.» Vinieron, pues, á toda prisa, y hallaron á María y á José, y al Niño reclinado en el pesebre. Y viéndole, se certificaron de cuanto se les había dicho de este Niño.... María, empero, conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón. En fin, los pastores se volvieron, no cesando de alabar á Dios por todas las cosas que habían oído y visto, según se les había anunciado (1).

(1) Luc., II, 8 et seq.

Quedamos encantados al leer pasaje tan bello del Evangelio, que nos viene presentando una serie luminosa de misterios hermosísimos que nos dejan vivamente conmovidos: contemplamos una procesión magnífica y brillante que, partiendo de los cielos, llega hasta Belén, y en la cual se halla reunido con lujosa profusión, lo elevado y lo sencillo, lo humilde y lo grandioso. ¿Queréis descubrir la grandeza y majestad? Ved las apiñadas muchedumbres de los ángeles que bajan de los cielos para adorar al Dios Niño, que anuncian su admirable nacimiento y hacen llegar hasta la tierra, con sus cánticos de amor, las armonías divinas del empíreo; el resplandor de la luz que los ángeles derraman, nos deslumbra y llena de temor; pero sus palabras nos animan y consuelan. Hé aquí ahora un rasgo de inimitable sencillez que nos encanta: unos pastores guardan sus rebaños, oyen la buena nueva entre el gozo y el temor, y se dicen mutuamente: «Vamos hasta Belén.» ¡Cuántas veces también nosotros hemos dicho: «Pasemos á Belén!» Y á la verdad, cuando pensamos en tan divinas maravillas sentimos hondamente movido el corazón. El pensamiento de esa noche de gracia, lleno está de bellísimos recuerdos: el Niño y su Madre Virgen, los ángeles, los pastores, la gloria de Dios, la paz del mundo. ¿A quién de nosotros fuera dado contemplar tan bello cuadro á la luz pura de la inocencia y bajo las impresiones del divino amor? Diéramos el alma y cuanto somos por lograrlo; mas ¿quiénes somos para tanta dicha? Sin embargo, si no tenemos el candor de los pastores, á lo menos, llevando la hu-

mildad en nuestro corazón, procuremos penetrar los misterios que nos ocupan.

Vamos á Belén; mas ¿sois ricos, ó nobles, ó grandes en el mundo? Retiraos, que aun no llega vuestro turno; primero que vosotros son los humildes, los pobres, los que el mundo estima en nada (1). Los ricos que visten de púrpura y de lino habitan en las casas de los reyes (2); nosotros caminamos á una humilde cueva, donde no hallaremos tapices vistosos, ni regias colgadas, ni aspiraremos los perfumes exquisitos de la Arabia.

¡Cuán amable es la pobreza, cuán bella la humildad! Ambas virtudes nos llevan de la mano á la cuna del Hijo de Dios. Hé aquí el misterio de ese prodigioso amor con que los santos las han amado siempre; y en realidad, ¿no merecen todo nuestro aprecio? A más de facilitarnos la entrada hasta el Señor, saben disponer el alma á la ternura, al amor, á la gratitud. Al hombre levantado por la fortuna ó envanecido con la gloria y los honores, cuéstate inmenso trabajo abrir su corazón á los hermosos sentimientos de que hablamos; se ha encerrado consigo mismo, hállase neciamente satisfecho en su grandeza; por defuera no contempla sino seres inferiores, indignos de su amor; le pertenecen de justicia, según lo cree, todos los servicios y atenciones, y por esto no sabe agradecer. Siéntese, al contrario, la humil-

(1) I Cor., I, 26; Jacob, II, 5; Aug., Serm. de B. Pet. Me-
noch.

(2) Matth., XI, 8.

dad favorecida, y se deshace en bendiciones y besa los pies de su noble bienhechor; está á sus órdenes y le presenta sus obsequios. Así los pastores se postraron delante de la cuna del Salvador y le ofrecieron sus sencillos dones.

Al mismo tiempo que la riqueza y los honores secan las fuentes del amor y la ternura, degradan y subyugan á los hombres; y por esto la generosidad, la abnegación, el sacrificio, son virtudes propias de los humildes y los pobres; y ved aquí cuánta razón tiene Dios en preferirlos. Bienaventurados, pues, los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (1). De esta manera vemos desvanecerse á los ojos de la razón y de la fe, el falso brillo que despiden todas las grandezas de la tierra, descubriéndose éstas en su triste y miserable desnudez. Sólo es grande el humilde; sólo el pobre es generoso.

Hé aquí otra razón del amor de Dios á la humildad y á la pobreza. ¿No ha venido Jesús á salvar al hombre? Pero no sin el hombre mismo. De aquí es que todo lo que se opone á este divino pensamiento de nuestra salud, es aborrecible á los ojos del Señor; aborrecimiento al que se añade sangrienta y espantosa burla; y entre las iras del furor divino lanza Dios contra el soberbio terribles maldiciones. «Toma, dice á su Hijo, vara de hierro para castigarlos, y déjalos quebrantados como vasija de frágil barro.» Mas ese hombre á quien Dios castiga de ese modo, antes había dicho: «Rompamos las cadenas del Señor y sacuda-

(1) Matth., v, 3.

mos del cuello su pesado yugo» (1). Pero el humilde preséntase rindiendo á Dios su corazón; ofrécele, como en otro tiempo Pedro, manos y cabeza, porque no piensa sino en Dios, y para Dios únicamente habrá de trabajar. Todos los mo- fadores son abominables del Señor; el cual sólo conversa con los sencillos (2). ¿Quién no buscará como un tesoro la sencillez y la humildad, cuando estas virtudes nos alcanzan conversar con Dios, que por medio de su ángel llama los pastores á su cuna?

Los poderosos, los nobles, los grandes del mundo, en aquella hora descansan en lechos de oro y de marfil; pero no son dignos de escuchar el celeste anuncio: los pastores, que llevan una vida laboriosa y en todo semejante á la de los antiguos patriarcas, ven la luz que derraman los ángeles, y oyen sus hermosos cantos (3), y van á Belén á ver á Jesús. Mas ¿quién es Jesús? El Cordero de Dios que borra el pecado; Aquel que algún día dirá de sí mismo: «Yo soy el Buen Pastor» (4). Y ¿no era muy justo que el divino Cordero fuese adorado de aquellos pastores, y que también llevasen su ofrenda al que es Príncipe de todos ellos? (5).

¡Cordero de Dios, Pastor de los hombres! Palabras tan sencillas nos revelan los pensamientos

(1) Ps. II, 3, 9.

(2) Prov., III, 32.

(3) D. Bern., Serm. III, De Nat. Dni.

(4) Joann., X, II.

(5) I Petr., V, 4; D. Aug., De mirab. Scrip., l. I, c. 3.

de Dios, la misión de Jesús; ese Cordero fué sacrificado desde el principio del mundo (1). Desde el principio del mundo y desde la misma eternidad fué decretado el sacrificio del Divino Salvador, y el tiempo solamente era el que retardaba el cumplimiento de aquel decreto soberano; ¿queremos contemplar las vivas y abrasadas llamas de amor que consumían el corazón del Hombre Dios por nuestra salud? Ellas son eternas, y Jesús Niño con muda elocuencia nos está diciendo: «Yo os he amado con perpetuo y no interrumpido amor: por eso, misericordioso, os atraje á mí» (2). Tenemos, pues, un amor que el hombre jamás sabrá corresponder debidamente; añadamos que el cordero es el símbolo de la mansedumbre y la dulzura; ¿qué cosa puede, por tanto, impedirnos el desahogo de los más ardientes afectos del alma? ¡Ah! Cuando vemos, semejante á un corderito, á Jesús en el pesebre, le amamos con ternura y le decimos palabras llenas de confianza. Él es en quien el Padre ha impreso su divino sello (3), y lo ha señalado (4) para el sacrificio; mas ¿no es, por ventura, su Hijo muy amado? Ciertamente sí, y por lo mismo el amor de Dios hacia nosotros excede todo entendimiento (5).

No leemos en los libros del Antiguo Testamento que los ángeles se hayan presentado á los

(1) Apoc., XIII, 8.

(2) Hier., XXXI, 3.

(3) Joann., VI, 27.

(4) Ita in græco.

(5) Ephes., III, 19.

mortales entre los resplandores de tan viva luz; mas ahora ha nacido el que será la luz que ilumina á los gentiles, y la gloria de Israel. Asimismo, la majestad con que se deja ver el mensajero celestial servirá para sostener la fe de los pastores: verán al Niño Dios reclinado en el pesebre, y brillando en torno suyo la humildad y la pobreza. ¿Será ese Niño el Hijo del Eterno? Sí lo es, y por esto el Padre ha mandado á sus ángeles que le adoren y publiquen su venida al mundo, y los ángeles déjense ver de los pastores en medio de una hermosa claridad (1). Hé aquí nuestra enseñanza: la fe ha derramado en nuestras almas su viva y pura luz; sucede, sin embargo, con frecuencia, que, en circunstancias dadas, esa luz parece amortiguarse y apenas nos alumbran sus pálidos reflejos; la indómita razón que quiere rebelarse, las pasiones que levantan negros vapores, causan tan funesto mal; pero humillemos la razón en obsequio de Jesús (2), pongamos freno á las pasiones, y el espíritu del Señor sabrá llevarnos avanzando de claridad en claridad (3).

El ángel anunció á los pastores un gran gozo. Y, en efecto, nacido el Divino Salvador, ¿no podían repetirse las palabras de un profeta? «En-tona himnos, ¡oh hija de Sión! canta alabanzas, ¡oh Israel! alégrate y regocíjate de todo corazón, ¡oh hija de Jerusalén! El Señor ha borrado tu condenación, ha ahuyentado á tus enemigos. El Se-

(1) D. Leo., Serm. 5 de Epiph.

(2) II Cor., x, 5.

(3) Idem., III, 18; Sá., hic.

ñor, Rey de Israel, está en medio de ti; no tienes que temer mal ninguno..... Está en medio de ti el Señor, el Dios tuyo, el Fuerte; Él te salvará; en ti hallará Él su gozo y su alegría; será constante en amarte; se regocijará y celebrará tus alabanzas» (1). El Dios nuestro..... palabra que inunda en dulzura el corazón. Dios nuestro, á quien vemos con nuestros ojos, y contemplamos y palpan nuestras manos (2). ¡Es inmensa la alegría que siente el alma! Y si ese Niño así nos pertenece, ¿no extenderá sus brazos la confianza para estrecharlo en ellos? Mas sepamos que Él será constante en su cariño; conoce el corazón de los mortales, voluble y muy ingrato; con todo, Jesús no cambiará. Y ¿no es esto lo que siempre vemos? Espera el Señor para poder usar misericordia con nosotros y ensalzar su gloria con darnos el perdón (3). Cuando en medio de nuestro profundo y triste olvido recordamos que Jesús nos ama y nos está esperando, bendecimos su bondad y su paciencia, y llenos de gozo y gran confianza venimos á postrarnos á sus pies.

Un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre es la señal que el ángel dió á los pastores. ¡Con cuánta verdad dijo Isaías: «Los pensamientos del Señor no son los pensamientos de los hombres, ni los caminos de éstos los de Dios; porque cuanto se eleva el cielo sobre la tierra, así se elevan los caminos de Dios sobre los de los hombres,

(1) Sophon., III, 14, 17.

(2) I Joann., I, 1.

(3) Isa., XXX, 18.

y sobre los pensamientos humanos los del Altísimo» (1). Debilidad, pobreza, humildad, heraldos gloriosos del Señor que mostrarán al mundo las insignias de su Rey. Hé aquí cómo Dios destruye la sabiduría de los sabios, y desecha la prudencia de los prudentes. ¿En dónde están los sabios? ¿En donde los escribas? ¿En dónde esos espíritus curiosos de las ciencias de este mundo? ¿No es verdad que Dios ha convencido de fatua la sabiduría de este mundo? Porque ya que el mundo, á vista de las obras de la divina sabiduría, no conoció á Dios por medio de la ciencia humana, plugo á Dios salvar á los que creyesen en Él por medio de la locura de la predicación. Mas lo que parece locura en los misterios de Dios, es mayor sabiduría que la de todos los hombres, y lo que parece debilidad en Dios, es más fuerte que toda la fortaleza de los hombres (2). ¿No nos parece motivo suficiente para creer, hallar á un niño envuelto en pañales? Pues oigamos el himno que los ángeles entonan cuando se elevan á la altura: «Gloria á Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» ¡Qué canto tan bello! Cual si dijese: El que habita en una luz inaccesible, el Rey de los reyes y Señor de los señores, el sólo que es inmortal por esencia, á quien ninguno de los hombres ha visto, ni tampoco puede ver, cuyo es el honor y el imperio sempiterno (3), es el que ha nacido trayendo la

(1) LV, 8, 9.

(2) I. Cor., I, 19, 25.

(3) I Tim., VI, 15, 16

paz á los mortales (1). Hé aquí cómo los ángeles anuncian su divinidad y grandeza. ¿Qué otra más bella expresión pudieran decir al mundo para celebrar el nacimiento del Señor? (2). Gloria á Dios allá en los cielos; paz á los hombres en la tierra. Bendición y claridad y sabiduría, y acción de gracias, honor, virtud y fortaleza. Todo esto pertenece á Dios, y lo hallamos en el canto de los ángeles, que asimismo nos anuncia la luz y la verdad, la vida y la gracia, la justicia y la paz, la misericordia y la clemencia. No podían, por lo mismo, las pastores, después de esto, sino venir á toda prisa á buscar al Niño, como lo hicieron, quedando certificados de todo cuanto acerca de Él se les había dicho.

Parécenos que el resplandor de la cuna de Jesús había ocultado á nuestros ojos á su hermosa y pura Madre; mas no, pues ya la contemplamos conservando todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón. ¿Buscamos quien nos lleve de la mano hasta la cuna del Señor, y nos enseñe los profundos misterios que la rodean? Allí tenemos á María. Admira, ciertamente, su recogimiento, su silencio, su atención. ¿No podrá decir, como San Pablo, que fué arrebatada hasta el tercer cielo, al Paraíso, donde oyó palabras inefables que no es lícito á un hombre el proferirlas? (3) Aquel Apóstol fué un siervo del Señor; María se llama esclava, y es también la Madre de

(1) D. Maxim., Hom. 2 de Nativ.

(2) D. Sophron., De Nat. Dni.

(3) II Cor., XII, 2, 4.

Jesús. ¿Qué podrá ocultarle á su querida Madre el que á su siervo reveló tan grandes maravillas?

Un momento antes de seguir, detengámonos en lo que hemos dicho: María nos lleva al Señor y nos descubre sus divinos misterios. Sin salir del pasaje que explicamos, nos dice el Evangelio que los pastores hallaron á María y José, y al Niño reclinado en el pesebre. Los ángeles nada habían dicho de la hermosa y santa Madre, ni los pastores venían buscándola; ¿por qué, pues, la descubren antes que á Jesús? Primero que llegar á un rey necesitamos subir las gradas de su trono; y María, bien lo sabemos, es el trono de Jesús; Ella recibió la gracia que debía comunicarnos; Ella, asimismo, es quien guarda la cámara del Rey eterno; es la puerta del cielo; abre, pues, é introduce delante del Señor á quien le agrada (1).

¡Con cuánta verdad, por tanto, dice nuestra Reina: «¡Feliz el hombre que continuamente vela á las puertas de mi casa, y está de observación en los umbrales de ella! Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación.» Jesús siempre se halla con María, por esto, aunque, al parecer, cuando vamos al Señor no pensemos en su tierna Madre, siempre María es quien nos lleva de la mano, y nos descubre al Divino Niño. Al contemplar en esta parte la economía de la providencia del Señor, vemos cuán sabio es en sus obras, y cómo la bondad y la ternura de su amor se hallan derramadas en todas ellas. Está más cerca de los hombres la Madre del Señor, que

(1) D. Bon. In Luc., hic.

su Divino Hijo: ¿por qué, pues, no llegar á los cielos subiendo esa escala de los pecadores, que es toda la razón de su esperanza? (1). En cuanto á la ternura y á la bondad, Dios es un Padre clementísimo; mas su voz, llena siempre de imponente majestad, hácenos huir despavoridos, mientras su Madre sale á recibirnos y nos cubre con su manto, reanima el corazón, nos deja llenos de consuelo (2), y por fin nos lleva á Dios.

María conservaba todas estas cosas dentro de sí. Ella sabía que eran un riquísimo tesoro; mas quien halla un tesoro, lo encubre (3). Lo dicho, ¿será necesidad, ó contendrá un misterio? Si se tratara de nosotros, diríamos que este tesoro lo llevábamos en vasos de barro frágil y quebradizo (4), siendo, por lo mismo, indispensable guardar con toda vigilancia nuestro corazón, porque de él mana la vida (5). Mas nuestra Niña es un vaso de oro macizo, guarnecido de toda suerte de piedras preciosas (6); y no obstante, sabemos lo que de la misma nos dice el Evangelio, y estamos reflexionando: ¿Qué otra cosa podemos inferir, sino que nos es indispensable imitar su ejemplo? María, la concebida sin pecado, la llena de toda gracia y virtud, así conserva el recuerdo de los divinos misterios de Jesús. Nosotros, ¿pudiéramos echarlos al olvido?

(1) D. Bern., Serm. De Nat. B. V. M.

(2) Idem.

(3) Matth. XIII, 44.

(4) II. Cor., IV, 7.

(5) Prov., IV, 23.

(6) Eccí. I, 10.

Era, pues, el corazón de la Purísima Virgen, el arca viva de Dios que guardaba los divinos arcanos que algún día por Ella se darían á conocer al mundo (1). Los misterios de la infancia de Jesús fueron, efectivamente, referidos por Nuestra Señora á San Lucas (2).

Lo que acabamos de decir despierta en nuestras almas el reconocimiento y la gratitud hacia nuestra querida Niña: por Ella recibimos á Jesús, y asimismo es ella por quien venimos en conocimiento de los tiernos misterios de la vida oculta de aquel Niño. ¿Dónde está el corazón que no ha experimentado el sentimiento de la más dulce piedad al pensar en el nacimiento y la infancia de Jesús? Y María es quien sumerge una y otra vez nuestras almas en ese piélagos de inefable dulzura.

Otro misterio contienen las palabras que examinamos. Nuestra hermosa Niña confería en su corazón todo lo que se le iba revelando acerca de Jesús; y ¿con quién? Este Niño había ya salido de su seno. Sin embargo, así como sabemos de Jesús que ascendió sobre todos los cielos para llenar todas las cosas con su poder y majestad, sus triunfos y victorias, y derramar abundantemente sus dones sobre todos los hombres, visitando por sí mismo todas las regiones de su imperio (3), ¿no pudiéramos también decir que la Santa Ma-

(1) De Barber., hic., n. 53.

(2) Euseb. Gallic., serm. in auror.; D. Bern., Hom. IV, sup. Miss.

(3) Ephes., IV, 10; Menoch., hic.

dre contemplaba todavía en su seno la majestad y grandeza, y el glorioso resplandor del Niño que acaba de dar al mundo, y que llena siempre de su gracia su corazón inmaculado? ¿Por ventura no vemos sobre el horizonte la imagen del sol, un momento después que realmente se ha hundido en el ocaso? Y ¿no es María el horizonte purísimo y brillante, bañado con la luz indeficiente de los cielos, y cuyo sol jamás se oculta? Nunca se pondrá tu sol, ni padecerá menguante tu luna, porque el Señor será para ti sempiterna luz (1).

Tal vez nosotros creemos haber guardado en el corazón las verdades santas que aprendimos desde la primera edad; mas ¿las traemos continuamente delante de los ojos, de tal manera que podamos decir que forman la materia de nuestras meditaciones y son la antorcha que alumbrá nuestras sendas (2), ó hállanse, acaso, escondidas en el fondo del alma, y envueltas en el olvido, como el talento del mal siervo? (3). Si desgraciadamente fuese lo último, ¿sería extraña nuestra tibieza y disipación, la debilidad y el fastidio que sentimos en el servicio de Dios? Mas si, al contrario, imitando el ejemplo de la Santa Niña, las ponderamos en nuestro corazón, ¿no serán un manantial indeficiente de consuelo y alegría? Danos el Señor un perpetuo reposo; llena el alma de bellos resplandores; fortifica nuestros huesos, y somos como

(1) Isa., XL, 20.

(2) Ps. CXVIII, 24. 105.

(3) Matth., XXV, 25; Luc., XIX, 20.

hermoso jardín bien regado y como manantial perenne, cuyas aguas nunca faltarán (1). El incesante recuerdo de las obras del Señor, de los beneficios que nos ha dispensado, no cansa ni fastidia, porque vamos descubriendo sin cesar nuevas profundidades en el divino amor, inagotables tesoros de bondad: ese amor nunca envejece; mas preséntase bellissimo y rebosando la vida y lozanía de los primeros años; y la bondad de nuestro Padre no descansa, si que aumenta de continuo sus encantos y atractivos. ¡Cuán dichosa es el alma cuando exclama: «No alcanzo á comprender el inmenso amor que Dios me tiene!» Y más dichosa todavía si deja que ese fuego sagrado la penetre y quede consumida en su ardiente y viva llama.

¡Oh, Madre de Jesús ¿Quién mejor que Tú quedó abrasada en el divino amor, ó gustó su inefable y santísima dulzura? Tus hijos nos sentimos fríos como las cumbres del Popocatepetl é Ixtacihuatl, cubiertas de perpetuas nieves, y áridos cual los montes de Gelboé. Tú eres la Madre del amor sagrado, y eres también una Madre llena de piedad; abrasa, pues, el alma de tus hijos en los incendios de la caridad divina; llénalos de unción y de ternura. Al entrar en la cueva de Belén te encontramos suspendida en Dios; nos detenemos un momento á contemplarle. ¡Eres tan bella y cautivas tanto el corazón del hombre! ¿Te hablaremos preguntando por el Hijo de tu seno? Mas, ¿cómo interrumpir tus oraciones, Vir-

(1) Isa., LVIII, 11. Hierem., XXXI, 12.

gen Santa? Y si no lo hacemos, ¿quién hay que nos lleve á su presencia? Tus hijos buscan á Jesús, y á Ti también te buscan, Niña hermosa. Te hablamos, pues, porque sabemos que el Señor ha nacido para nuestro bien; y cuando ha salido de tu seno virginal, Tú lo has puesto en nuestras manos. ¡Oh Señora, haced que le amemos siempre con ternura, y que después del Hijo, la Madre sea nuestro encanto y todo nuestro amor!

CAPÍTULO VIII.

CONCLUYE EL ANTERIOR.

§ I.



ERUSALÉN, levántate, recibe la luz, porque ha venido tu lumbrera y ha nacido sobre ti la gloria del Señor. Porque hé aquí que la tierra estará cubierta de tinieblas, y de obscuridad las naciones; mas sobre ti nacerá el Señor, y en ti se dejará ver su gloria. Y á tu luz caminarán las gentes; los reyes, al resplandor de tu nacimiento. Tiende tu vista alrededor tuyo, y mira: todos éstos se han congregado para venir á ti; vendrán de lejos tus hijos, y tus hijas acudirán á ti de todas partes. Entonces te verás en la abundancia: se asombrará tu corazón, y se ensanchará, cuando vendrá